

## Frases de Haya de la Torre

Envío de la "Agencia Columbus", especial para *Liberación*

Somos idiosincrásicamente imprevisores. En política, como en todo, vivimos al día. El futuro nos interesa como un misterio que ha de irse desgranando en sorpresas. Jugamos a la lotería porque para nosotros la vida es lotería. Hacer el futuro, trabajarlo, construirlo, preverlo, no constituyen imperativos de nuestra mentalidad. Cuando queremos forjar el futuro, fantaseamos. Vamos demasiado lejos en los ensueños gratos, o damos fatalmente por hecho todo lo malo que ha de sobreenir.

Ante tiranías latinoamericanas prolongadas, intensas, ayudadas por los intereses extranjeros, despotismos que a la postre se han desmoronado, cabía pensar en su fin y en lo que vendría después de él. No era suficiente con execrar al tirano, insultarlo, maldecirlo. El tirano, concebido como autor único de la tiranía, resulta una figura histórica de una significación extraordinaria. Si sólo dependiera la tiranía del tirano, la acción política ideal sería la del anarquista individualista, quien cree que eliminando a un hombre la historia cambia de rumbo.

Nunca olvidaré que Casanellas, el mozo que mató a Dato, al referirme los detalles de su hazaña me dijo estas palabras: "Nada me sorprendió tanto, más aún que mi escapatoria de la policía, como saber al día siguiente de la muerte de Dato que todo continuaba exactamente igual en España". Casanellas fué al asesinato, seguro de que sacrificando a un hombre la clase obrera española se salvaría y la revolución social se impondría en una noche.

En nuestra América abundan los anarquistas en potencia. Ante la realidad de un despotismo lo primero que se piensa es en matar al tirano. Si alguien pregunta: ¿Y después?, la respuesta es la misma: "Después se verá". Este concepto ha predominado excesivamente en América Latina. No se piensa en una organización política previa, en una campaña de formación de fuerzas, en una sistemática orientación de conciencias hacia una acción coordinada y educadora. Se ha olvidado que las tiranías, como todos los fenómenos históricos, son resultado de una realidad económica, social y política que determina su existencia. Las tiranías son producto de un estado de conciencia colectivo. Y lo que importa no es el tirano, que es su consecuencia, sino el estado de conciencia que es su origen.

El examen de la realidad, que determina la existencia de una tiranía, es mucho más importante que la enumeración de los crímenes de la tiranía. Claro está que resulta mucho más fácil enumerar crímenes, lanzar imprecaciones y clamar violentamente contra el despotismo, que analizar fríamente sus causas. Muchas veces he anotado que en América Latina vivimos todavía la historia episódica, la historia heroica. La otra historia, la "infrahistoria", según el vocablo de Unamuno, esa que es conciencia social y no individual, todavía no es nuestra historia. Por eso despreciamos el punto de vista económico al estudiar la historia, o lo relegamos a un plano de segunda o de tercera categoría.

Pretender que el movimiento dialéctico del pensamiento se detiene en Marx, y que sus propias leyes fisiológicas valen para todo el universo, con excepción de ellas mismas, es absurdo. Tal conclusión supondría que la dialéctica del pensamiento humano llega a paralizarse transformándose en un dogma estático y por consiguiente antidialéctico.

Por razones políticas el comunismo ha planteado tal solución; y a ese quieto, frío y fijo concepto de lo que es la concepción de Marx—subconsciente de la gran mayoría de los comunistas—, es a lo que llamamos "el marxismo congelado". En ningún aspecto de la gran teorización marxista puede encontrarse pensamiento alguno que aparezca por generación espontánea en la mente de su autor, fuera del ritmo evolutivo y dialéctico de la negación de la negación. Avances o vuelos de la mente humana, "geniales perfeccionamientos"—según la expresión de Plejanov—, constituyen la originalidad de las grandes ideas, que toman como punto de partida una idea anterior para ir hacia adelante.

Por eso Marx, filósofo, economista, sociólogo o teórico político, no es fácilmente comprensible sin estudiar detenidamente a todos sus predecesores. El marxismo puede parecer claro a una mente inculta, pero esa visión será unilateral. Dará la idea de un marxismo inmóvil, dogmático, mesiánico y por lo mismo incompleto. Este caso es muy frecuente, porque no es accesible la verdadera comprensión del marxismo sin conocer la historia del pensamiento en sus diversas etapas. La captación del marxismo como "concepción del mundo" supone vasta y profunda cultura científica.

No se puede ser marxista sin aceptar que el marxismo, para ser continuado, debe ser negado. Mas como negar dialécticamente no es sólo decir que no, sino negar una vez y después negar la negación para obtener un valor afirmativo, el proceso dialéctico debe cumplirse haciendo siempre posible su continuidad. Únicamente así se explica el progreso.

De modo que negar en dialéctica (Engels) no es decir que una cosa no existe o destruirla de un modo cualquiera, tal como cuando sustraemos aritméticamente diez de diez, llegando a cero o sea a nada. La verdadera expresión matemática de la negación dialéctica está en los tres tiempos de desarrollo de la fórmula algebraica. El resultado de la negación de la negación debe ser siempre una afirmación para que haya continuidad.

Es así como la dialéctica se demuestra e ilustra por el álgebra y por el cálculo diferencial, o por lo que hay de fundamental y permanente en los principios de la evolución y selección biológica. Recordemos en este punto que Ebeling y su esposa, la hija de Marx, sostenían que la concepción darwiniana del mundo orgánico es paralela e integrante, en sus valores esenciales, de la concepción marxista que también puede explicarse por aquélla.

De Heráclito a Marx subsisten tres principios esenciales, invariables en el desarrollo dialéctico del pensamiento filosófico: el principio del "eterno movimiento", el principio de la "eterna contradicción o negación" y el principio del "eterno devenir", como expresión sintética de los dos anteriores. Son esos enunciados los que permanecen a través de todo el proceso de definición de la dialéctica. Los encontramos en los postulados de contenido más opuesto, ya sea cuando Hegel nos dice: